

Álvarez—, que debería ser mejor conocida, porque a la postre la mujer fue, y es, una de las grandes protagonistas de nuestra historia, incluso desde las mismas sombras en que entonces le tocó vivir».

En otros tiempos, humillada, oscurecida y denostada. Hoy, luchadora infatigable y, en el mejor de los casos, dignamente valorada.

**De Gutenberg a Internet**, Asa Briggs y Peter Burke, *Taurus*, 432 pp.

Esta historia social de los medios de comunicación se centra en los cambios que se han producido en los mismos. En la presentación de tales cambios intentará evitar dos peligros: la afirmación de que todo ha ido a peor y la suposición de que ha habido progreso continuo. La tesis es que debe rechazarse la implicación de que las tendencias se han movido en una sola dirección.

Asa Briggs, *provost* del Worcester College, en Oxford, y Peter Burke, catedrático de Historia Cultural en la Universidad de Cambridge, contemplan la historia de los diferentes medios de comunicación en Occidente, desde la invención de la imprenta a Internet. Analizan cada uno de los elementos que aca-

baron convirtiéndose en los que llamamos «medios de comunicación» y discuten, entre otras cosas, la continua importancia de la comunicación oral y escrita, la extensión de la imprenta, la relación entre transporte físico y comunicación social, y el desarrollo de los medios de comunicación electrónicos. Terminan con un balance de las convergencias asociadas con las tecnologías de la comunicación digital, la extensión de Internet y el fenómeno de la globalización.

Briggs y Burke no se muestran ni apocalípticos ni integrados —siguiendo los clásicos términos de Humberto Eco—, rechazan el determinismo tecnológico y sostienen que «las intenciones, estrategias y tácticas inmediatas de los comunicadores necesitan estar en todo momento relacionadas con el contexto en el cual operan».

Del desarrollo de la imprenta, los autores del libro que comentamos destacan que no fue menos espectacular que el de Internet en nuestros días. Aunque tampoco dentro de la Europa occidental se libró ésta de cierta oposición. Desde los escribas que veían amenazado su trabajo a los clérigos y los gobernantes que miraban con alarma las posibilidades de emancipación implícitas en el acceso a la cultura que facilitaba el nuevo invento. Pero a pesar de que el número de libros era cada vez mayor, la vieja comunicación oral se mantuvo en

los púlpitos de las iglesias, en las conferencias, debates y disputas de la universidad, en las baladas que se cantaban en la calle e incluso en los rumores. Y no sólo eso, sino que durante los siglos XVI, XVII y XVIII se desarrollaron las instituciones que estructuraron la comunicación oral: las academias, los salones, las sociedades científicas, los clubes y los cafés. El papel de los cafés fue tan importante, que llegaron a especializarse según el tipo de clientes y de temas de discusión: científicos, seguros, artísticos, ilustrados, antirreligiosos, etc.

Briggs y Burke nos recuerdan que en los inicios de la Europa moderna se dan casos muy claros de comunicación multimediática que «combinaban –dicen– mensajes verbales y no verbales, musicales y visuales», como los rituales (de las procesiones a las ejecuciones públicas), los espectáculos, las piezas teatrales, el ballet y la ópera.

En esta historia social de los medios de comunicación tiene especial relieve la llamada revolución de los medios del siglo XX, que estuvo preparada por nuevos artilugios, que son analizados con detalle: el ferrocarril, la telegrafía, el teléfono, el cine, las bicicletas y los automóviles. También se apunta como algo muy importante la forma en que la industrialización viene a alterar los tres elementos tradicionales de los medios de comunicación (información, educación y

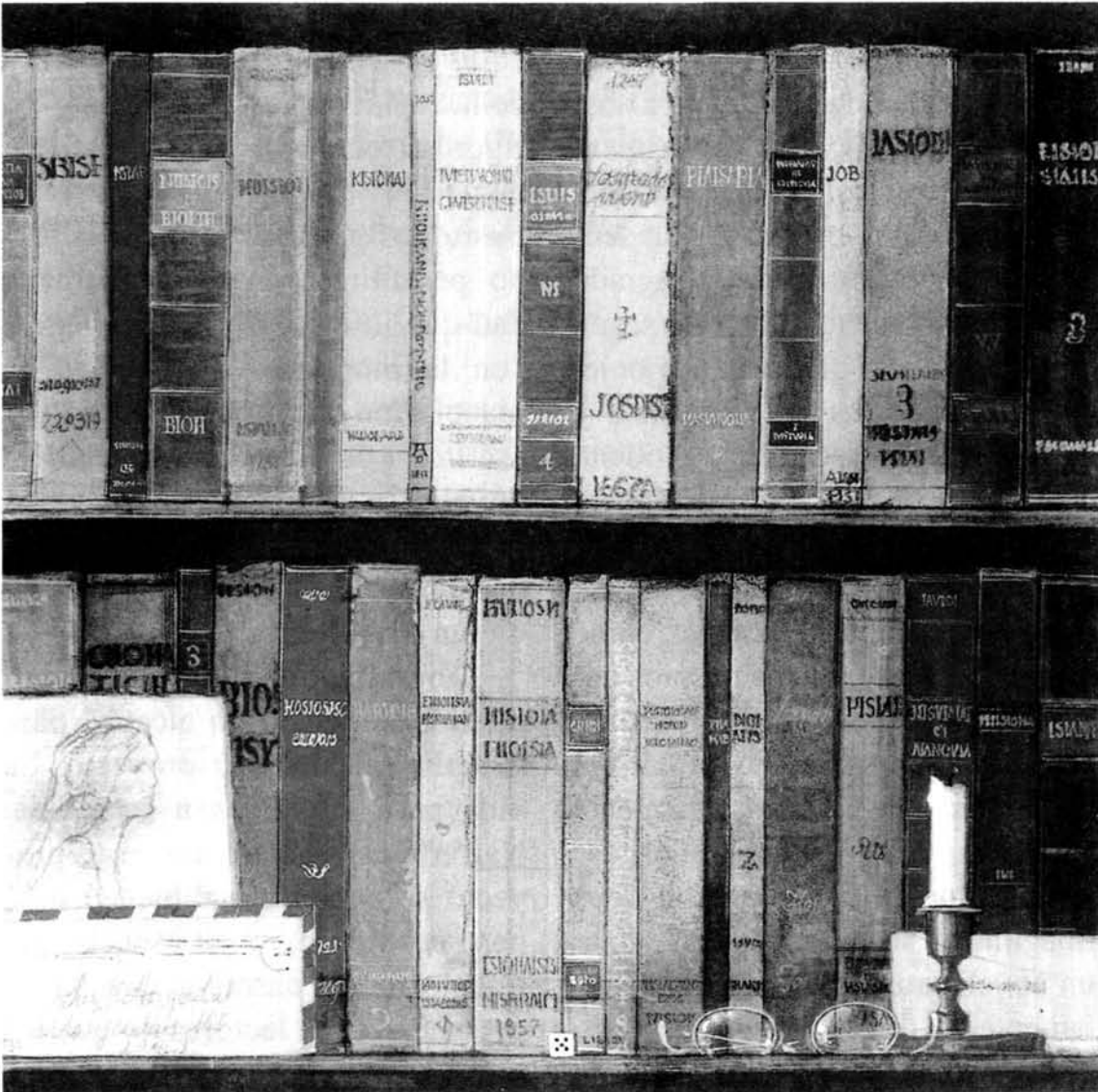
entretenimiento). Exigió mayor fiabilidad a la información, amplió el acceso público a la educación y ofreció mayores oportunidades de entretenimiento.

Después de dar un riguroso repaso al papel de la prensa, la radio y la televisión, el presente trabajo aborda la era Internet, y en ella resalta cómo han sido las nuevas empresas, «más innovadoras, de estructura más informal, más de abajo a arriba y menos jerárquicas que las ya establecidas», las que abrieron el camino del desarrollo informático. ¿Y qué decir del ciberespacio? Se insiste en que la televisión, los vídeos, las cámaras-proyectores de vídeo, los video-juegos y los ordenadores personales, todos ellos constituyen un sistema electrónico envolvente cuyas diversas formas entran en «interfaz» para constituir un mundo alternativo y absoluto que incorpora de modo único al espectador-usuario a «un estado espacialmente descentrado, débilmente temporalizado y casi desmaterializado». No cabe duda de que se hace necesaria una retroalimentación constante entre el yo y el espacio. Briggs y Burke nos dicen que esa necesidad no es nueva ni se asocia exclusivamente al viaje ciberespacial, y que este libro está pensado para estimularla en todos los medios. «La retroalimentación es constante en todas las formas de comunicación –señalan–, como lo es entre el presente y el pasado».

Estos dos destacados historiadores sociales y culturales constatan que antes de los viajes en el ciberespacio los lectores y los oyentes no eran pasivos al contemplar cuadros y esculturas. También comprueban que el libro, los conciertos en vivo y las galerías de arte han sobrevivido a las predicciones de decadencia o muerte.

*De Gutenberg a Internet* es un interesante ensayo histórico y un importante libro de referencia para una amplia variedad de lectores.

**Isabel de Armas**



Luis Marsans: *Libros*

## El fondo de la maleta

### *Biografías*

Escribió José Ortega y Gasset en 1932, prologando una edición de sus obras: «Toda vida es secreto y jeroglífico. De aquí que la biografía sea siempre un albur de la intuición. No hay método seguro para acertar con la clave arcana de una existencia ajena». Tal vez no exista mejor lema para el trabajo de cualquier biógrafo.

En la actualidad se tiende a sostener que la biografía es un texto científico, como si el objeto tratado, esa vida arcana escrita en un lenguaje secreto por íntimo y sagrado por intangible, fuera estable, según exige la ciencia que sean sus objetos. Cargando las tintas: estable y abstracto, cual ha de ser todo objeto científico.

Muy por el contrario, la vida del biografiado ni es estable ni abstracta. Es variable y concreta, como todo el pasado. Con los mismos documentos, diversos biógrafos pueden hacer distintas biografías del mismo personaje, todas igualmente válidas.

El autor de una biografía debe imaginar a su personaje tal como un novelista imagina al suyo. Ciertamente, ha de ajustarse a los documentos pero, dado que no se puede documentar, minuto a minuto, la vida de nadie, ni existe documento

sin la lectura que de él se haga, hace falta un ingrediente de imaginación crítica para ordenar, seleccionar y descifrar lo que se dará como base documental de una biografía. De lo contrario, el texto no será biográfico, sino un archivo más o menos clasificado de recaudos documentales.

El novelista ha de ser, en contra de las epidérmicas apariencias, tan riguroso como el biógrafo en su cometido. Debe seguir estrictamente los pasos de su personaje y no permitirse ninguna arbitrariedad que lo malogre. La diferencia con la biografía es que ésta se maneja con documentos externos y escritos por terceros, en tanto la novela se vale de documentos internos e imaginarios, a los que se debe tanto respeto como si provinieran del exterior.

Biografiar no es reconstruir una vida. El lenguaje no alcanza para cumplir este utópico proyecto. La vida pasa y pierde su presencia. Narrarla es reinventarla. Este proyecto se puede hacer bien o mal, pero no difiere, en su esencia, del trabajo de un narrador que ha de persuadir a sus lectores de que los personajes han existido alguna vez, en el tiempo de la fábula, y siguen existiendo.